

LA DEMOGRAFÍA DE NUESTROS VECINOS: ¿UNA PREOCUPACIÓN GEOESTRATÉGICA?

Europa del Sur está a punto de experimentar un descenso en su población activa por primera vez en su historia, mientras que África del Norte se enfrenta a la oferta más alta de población activa de su historia. La única manera de enfrentarse a los problemas que provienen del rápido crecimiento de la población africana es una planificación integrada de acciones políticas en ambas orillas del Mediterráneo. El islamismo fundamentalista puede crecer como movimiento fruto de una mala gestión de la nueva realidad demográfica.

Desde hace tiempo los demógrafos hablan de «nuevas» tendencias demográficas globales, refiriéndose básicamente al descenso de las tasas de fertilidad y mortalidad. Sus implicaciones principales para las sociedades occidentales son bien conocidas: el envejecimiento de la población y el crecimiento más lento o incluso negativo del mismo (Sandell, 2003A). Estos fenómenos tienen también implicaciones políticas y económicas, por ejemplo: ¿cómo habrán de financiarse las pensiones con un número progresivamente decreciente de cotizantes pero creciente de jubilados? Por otra parte, la sanidad y la educación también se verán afectadas por los cambios en la estructura de edad de la población. Por último, pero no por ello

Rickard Sandell es investigador titular en IMDEA Ciencias Sociales. Especialista en Sociología de las organizaciones, migraciones internacionales y procesos demográficos.

menos importante, la población activa también tenderá a descender, fruto de la baja fertilidad de los años 70 y 80. En consecuencia, será necesario aumentar la productividad a fin de mantener el rendimiento económico actual. En resumen, los cambios demográficos serán de tal magnitud que tanto el crecimiento económico como nuestro bienestar se verán abocados a un inevitable deterioro si los Estados no logran adaptarse a la nueva realidad demográfica.

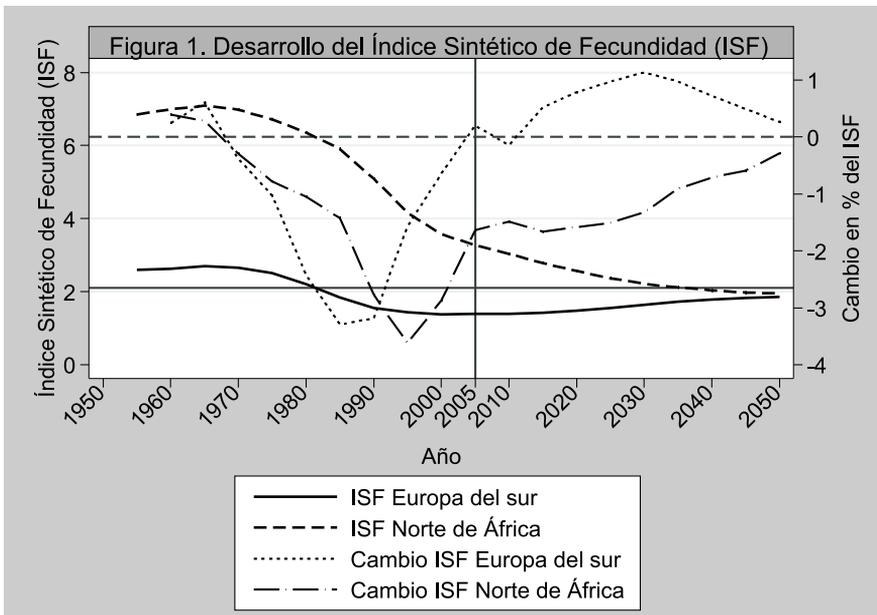
El hecho de que las nuevas tendencias demográficas se califiquen de globales por la simple razón de que están presentes en todos los países en el mundo, tanto ricos como pobres, puede llevar a engaño. Tendemos a generalizar demasiado sobre cómo afecta el desarrollo demográfico a diferentes países y regiones. Gran parte del debate actual en el mundo occidental se centra en exceso en cuestiones de «lujo» como el bienestar, descritas anteriormente. Pero estos problemas son propios de los países desarrollados, aun cuando los países en vías de desarrollo experimenten exactamente las mismas tendencias demográficas. Aunque los países en vías de desarrollo se enfrenten al mismo proceso de transición demográfico, es mucho más difícil predecir el efecto que tendrá en ellos en el futuro. Tampoco se ha investigado a fondo el efecto que puedan tener los cambios demográficos en los países en vías de desarrollo sobre los países desarrollados (McNicoll, 1984).

El presente artículo se centra en los cambios demográficos en la región mediterránea, contrastando los desarrollos demográficos en los litorales sur y norte del Mar Mediterráneo. Los países incluidos en el litoral europeo, definido aquí como Europa del Sur, son Francia, Grecia, Italia, Portugal y España. Los países que constituyen África de Norte son Argelia, Egipto, Libia, Mauritania, Marruecos, y Túnez.

El propósito de la comparación es mostrar cómo unas tendencias demográficas similares en África del Norte y en Europa del Sur darán lugar a unos desarrollos demográficos generales opuestos en cada una de las dos subregiones. Es, a su vez, probable que las diferencias demográficas afecten la actuación general (política y económica) de los países en la región. Las diferencias demográficas podrían ser complementarias si se emplean en nuestra ventaja. Si las ignoramos, son potencialmente peligrosas y podrían generar conflictos y tensiones en la región.

LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA EN LA REGIÓN MEDITERRÁNEA: PRINCIPALES COMPONENTES

Las «nuevas» tendencias demográficas globales empezaron a manifestarse en la región mediterránea en los años 60 y 70, cuando la tasa de fecundidad comenzó a descender rápidamente y de forma repentina en ambas orillas del litoral. Así, el descenso de la tasa de fecundidad fue un fenómeno universal en la región, en tanto que se produjo prácticamente al mismo tiempo en el litoral norte y en el sur. No obstante, esta coincidencia temporal puede hacernos ignorar otros datos importantes sobre este fenómeno.

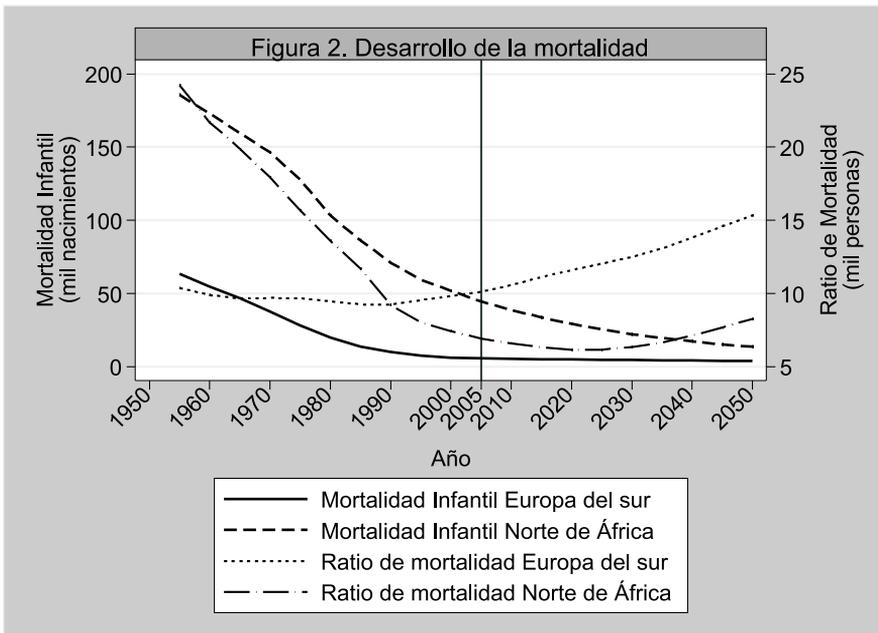


La Figura 1 muestra la evolución del Índice Sintético de la Fecundidad (el número de hijos por mujer) a ambos lados del Mediterráneo. Vemos que la fecundidad alcanza su máximo aproximadamente al mismo tiempo (1965-1970) en ambos litorales. Lo que marca la diferencia más destacada entre las dos regiones es que al comenzar el proceso de transición demográfica, en Europa del Sur la fecundidad total era de 2,7 niños por mujer, mientras que en África del Norte alcanzaba los 7,08 niños por mujer.

Es fácil apreciar que, en términos absolutos, hasta el año 2005 la caída de la fecundidad en África del Norte excede la caída en Europa del Sur por un factor de 4. Así, es tentador concluir que África del Norte ha experimentado cambios más dramáticos en el periodo 1965 a 2005. En cambio, si analizamos la caída de la fecundidad en términos relativos llegamos a una conclusión distinta (véase el eje de la derecha en la Figura 1): la fecundidad cayó más rápidamente en Europa del Sur que en África del Norte. Esto implica un avance relativo más rápido de la transición demográfica en Europa que en África del Norte. Otra conclusión a la que llegamos analizando el cambio relativo es que a partir de 2005 Europa del Sur previsiblemente entrará en la siguiente fase de la transición demográfica, estabilizándose la fecundidad total a niveles inferiores al nivel del reemplazo (2,1 niños por mujer). En África del Norte la tendencia continúa dirigiéndose hacia niveles de fecundidad aun más bajos al menos hasta el año 2030 si las previsiones de la ONU son correctas.

El dato más importante que revela la Figura 1 es que hasta el presente es sólo en Europa del Sur donde las tasas de fecundidad han caído por debajo del nivel de reemplazo. Esto ocurrió poco después del comienzo de la transición demográfica, hacia el año 1980. Si las previsiones de la ONU a medio plazo son razonablemente acertadas, la tasa de fecundidad en África del Norte no descenderá por debajo del nivel de reemplazo hasta finales del periodo de referencia, es decir, alrededor de 2040-2050. Europa del Sur, por el contrario, registrará una fecundidad inferior al nivel de reemplazo durante todo el periodo. Como veremos, el hecho de que la tasa de fecundidad sea inferior al nivel de reemplazo en Europa y superior en África del Norte tiene implicaciones muy importantes para el crecimiento de la población en las dos orillas del Mediterráneo.

Para comprender debidamente los efectos de la transición demográfica, además de la evolución de la fecundidad, es necesario analizar las tasas de mortalidad. La Figura 2 muestra la evolución de la mortalidad infantil por cada mil nacimientos, y la tasa de mortalidad total por cada 1.000 personas a ambas orillas del Mediterráneo. La evolución de la mortalidad infantil es impresionante. Desde 1990, la mortalidad infantil en Europa del Sur se reduce desde 50 muertes infantiles en el 1950 a un mínimo en los años noventa. En África del Norte la



tendencia ha sido aún más llamativa. Las muertes infantiles han caído desde aproximadamente 200 por cada mil nacimientos en 1950 a apenas 50 en el año 2005, si se cumplen las estimaciones.

La caída de la mortalidad infantil en África del Norte ha sido la razón principal de que la tasa de mortalidad total haya ido reduciéndose también muy significativamente en dicha región, especialmente hasta finales de los 80. En Europa la tendencia es algo diferente. Las tasas de mortalidad total han sido más o menos constantes hasta ahora, a pesar de la caída en la mortalidad infantil. Esto se debe a que los beneficios del descenso de la mortalidad infantil en Europa del Sur ya se capitalizaron antes de la década de los 50. A partir de 2005 y hasta el final del periodo en 2050, la tasa de mortalidad subirá significativamente en Europa a consecuencia del aumento en el envejecimiento en Europa del Sur que, a su vez, es consecuencia de la mayor esperanza de vida que en África del Norte a lo largo del siglo pasado.

Sin embargo, el dato de más importancia respecto a la evolución de la mortalidad es que ha sido inferior en África del Norte que en Europa desde los años 90, y que será significativamente más baja en

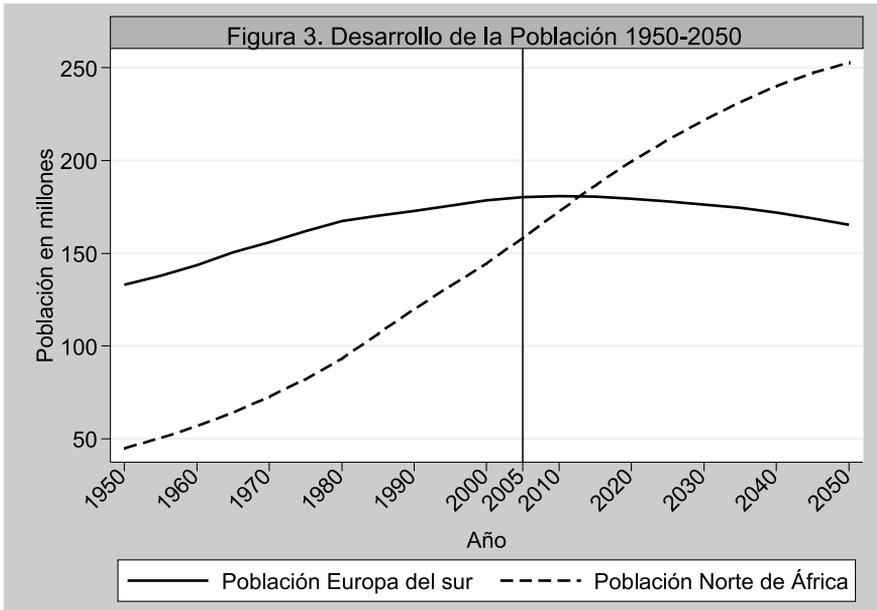
dicha región que en Europa del Sur durante todo el periodo que estudiamos.

¿Cuáles son las consecuencias de la diferencia en las tendencias de mortalidad y fecundidad en las dos orillas del Mediterráneo? Como ya hemos visto, Europa del Sur ha experimentado y continúa experimentando tasas de fecundidad inferiores al nivel de reemplazo, al mismo tiempo que un aumento en su tasa de mortalidad. Ambos factores tienen implicaciones muy negativas para el crecimiento vegetativo de la población. Cuando coinciden al mismo tiempo, el resultado es inevitablemente un descenso en el tamaño de la población. Por otro lado, aunque la tasa de fecundidad en el norte de África es cada vez menor, previsiblemente no caerá por debajo del nivel de reemplazo hasta mediados de este siglo. De hecho, *a pesar de una fuerte caída, la tasa de fecundidad del África del Norte está todavía por encima del nivel máximo alcanzado por Europa en 1965*. Una tasa de fecundidad por encima del nivel de reemplazo siempre implica el crecimiento de la población. Si además la tasa de mortalidad cae, el crecimiento de la población puede ser muy explosivo.

Esto implica que el crecimiento de la población aún es muy significativo en África del Norte, y que es previsible que lo siga siendo durante gran parte de este siglo. En contraste, Europa del Sur se enfrenta a un importante descenso en el tamaño de su población¹. La diferencia en las tasas de fecundidad y mortalidad entre los litorales norte y sur del Mediterráneo, y el efecto que estas tendencias tienen sobre el crecimiento de la población, resultarán en un significativo cambio en el centro de gravedad de la población en la región.

La Figura 3 muestra la evolución del tamaño de la población en los litorales norte y sur del Mediterráneo. A juzgar por la pendiente, la velocidad de crecimiento de la población en África del Norte está en su máximo histórico. Sin embargo, y aún más importante, en 1950 Europa del sur tenía una población tres veces mayor que la de África del Norte. Hoy en día, la población de Europa del Sur sigue siendo

¹ Aun cuando la previsión de la ONU fuera errónea o la tasa de fecundidad subiera directamente por encima del nivel del reemplazo, el daño ya está hecho en Europa del Sur, y el declive de la población en Europa es inevitable a partir del 2020. La razón para esto simplemente es que 25 años de tasas de fecundidad por debajo del reemplazo ha hecho que el número de madres potenciales haya disminuido muy sustancialmente.



mayor que la de África del Norte, pero para finales del periodo en estudio (2050), siempre que las previsiones de la ONU sean acertadas, la población de África del Norte excederá a la de Europa del Sur en cerca de 100 millones de personas. El cambio es aún más dramático si comparamos países individualmente.

En la Tabla 1 se compara la evolución del tamaño de la población en Marruecos con la de España en cuatro momentos diferentes. Como muestra la tabla, la población de Marruecos estaba por debajo de los 10 millones en 1950, mientras que la española era de cerca de 30 millones. Las proyecciones de la ONU indican que a partir de 2025 la población de Marruecos excederá a la de España. Para poner el crecimiento de la población marroquí en perspectiva, si la población española hubiera crecido al mismo ritmo que la de Marruecos en el periodo 1950-2005, España tendría una población

Cuadro 1

Población (en millones)

País	1950	1980	2005	2025*	2050*
Marruecos	8'9	19'4	31'5	40'7	47'1
España	28'0	37'5	41'2	40'4	37'3

* UN medium variant.

FUENTE: UN World Population Prospects, 2002 Revisión.

de cerca de 100 millones de habitantes en 2005, y no los 41,2 millones que tiene en la actualidad. Así, el crecimiento de la población marroquí ha sido espectacular, con un aumento de más de 22 millones en sólo 50 años.

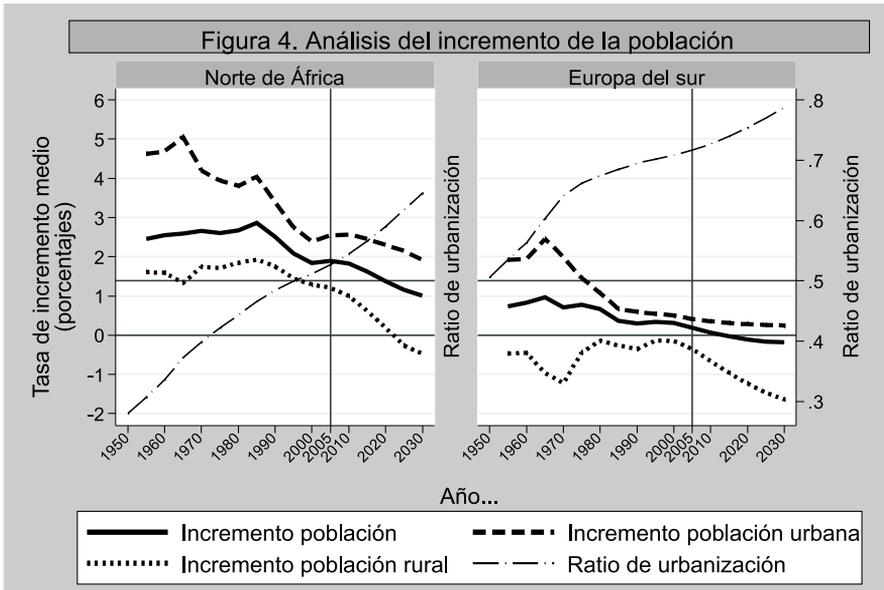
El rápido crecimiento de la población en África del Norte y el inminente declive de la población en Europa del Sur están resultando en un cambio del paradigma demográfico en la región, cambio cuyas consecuencias socioeconómicas son de enorme importancia, como se pondrá de manifiesto a continuación.

TENDENCIAS DEMOGRÁFICAS SIMILARES CON REALIDADES DEMOGRÁFICAS DIFERENTES

Una implicación general de la diferencia en la magnitud de los indicadores demográficos más importantes, como las tasas de fecundidad y mortalidad, es que mientras que todos los países de la región están experimentando las mismas tendencias demográficas, se enfrentan a realidades demográficas muy distintas (Keyfitz, 1980). A su vez, las diferentes realidades demográficas generan diferentes necesidades y respuestas políticas, y pueden alterar las condiciones en las que se establecen las relaciones internacionales, e incluso la perspectiva de seguridad para los países y regiones implicados (McNicoll, 1984; Homer-Dixon, 1991).

¿Qué tipo de realidades pueden provocar estos cambios demográficos en el norte de África? Hay múltiples, y a veces contradictorias, respuestas a esta pregunta (McNicoll, 1984). Quizá uno de los procesos más importantes que se ven afectados por el crecimiento de la población, especialmente si es rápido, es la urbanización. Como fenómeno, la urbanización es el resultado de factores económicos y políticos. Sin embargo, la rapidez del proceso depende en gran medida de los factores demográficos discutidos en la primera parte de este artículo (Lowry, 1990).

Tradicionalmente, los Estados norteafricanos han tenido un carácter agrario, con la mayor parte de la población en zonas rurales. Este no es el caso de Europa del Sur donde la población se ha concentrado en núcleos urbanos desde los años 50 (Lowry, 1990). La Figura 4



muestra cambios importantes en cuanto a la distribución geográfica de la población en África del Norte.

Ambos litorales han registrado una creciente urbanización a lo largo del tiempo, y se prevé que el proceso continúe hasta 2050, pero con una diferencia importante: la urbanización norteafricana es mucho más rápida que la de Europa del Sur y, además, parte de una tasa de urbanización muy inferior a la europea.

Desglosando las tasas de crecimiento de la población a fin de reflejar las diferencias entre zonas rurales y urbanas obtenemos una mejor comprensión de los cambios presentes y pasados en los procesos espaciales de la población. Tanto el Norte de África como el Sur de Europa registraron tasas de crecimiento de la población en general más o menos constantes a lo largo del periodo 1950-1980, aunque con una magnitud muy diferente (como muestra la línea continua en la Figura 4).

En África del Norte, especialmente al comienzo del periodo, la velocidad de crecimiento de la población urbana excede con gran diferencia tanto la velocidad de crecimiento de la población en general como la de la población rural. La tasa de crecimiento urbana extrema, de entre el 3% y el 4% superior a la tasa de crecimiento rural hasta mediados de los años 80 y a partir de entonces aproximadamente del

2% superior, es una indicación significativa de que las zonas urbanas en el norte de África han absorbido gran parte del crecimiento de la población en la región. Es decir, además de que las regiones urbanas han crecido como resultado de una alta tasa de fecundidad, también han crecido debido a una migración muy significativa desde las zonas rurales. En términos relativos, hasta el año 2005, el crecimiento urbano es dos veces mayor que el crecimiento total. No obstante, a pesar del importante trasvase de población desde el campo hacia la ciudad, el crecimiento de la población en áreas rurales de África del Norte ha sido suficientemente fuerte como para impedir un grado significativo de despoblación rural. Así, tanto la población rural como la urbana son mucho mayores ahora que hace cincuenta años.

En cierto modo la tendencia general en Europa del Sur es parecida a la de África del Norte. La principal diferencia entre las dos regiones es que en Europa del Sur el crecimiento de la población rural es negativo para todo el periodo 1950-2050. Es decir, las regiones rurales en Europa del Sur están sometidas a un grave proceso de despoblación. Este proceso era particularmente significativo en el periodo previo a los años 70, reflejado en la evolución negativa de la tasa de crecimiento rural y la correspondiente evolución positiva de la urbana.

Ambas regiones verán una segunda ola de urbanización al entrar en el siglo XXI. En Europa, esta segunda ola estará vinculada en menor medida que anteriormente con el movimiento de la población rural a zonas urbanas, siendo más bien el resultado de un crecimiento vegetativo de la población o, mejor dicho, de la falta de crecimiento vegetativo en las áreas rurales. El precio de la despoblación rural es que las personas que eligen abandonar el campo por la ciudad son típicamente las más jóvenes y, por lo tanto, las que están en edad fértil, dejando atrás a sus padres. Esto impide el aumento natural de la población rural en el futuro, como es el caso en Europa. En contraste, África del Norte verá acelerarse la urbanización a consecuencia de una rápida despoblación de las áreas rurales, es decir, un movimiento urbano similar al de Europa del Sur en los 70-80. Fruto de ello será una tasa de incremento de la población urbana muy superior al crecimiento de la población total en la región.

Sin duda, la conclusión más importante que puede extraerse de la Figura 4 es que el litoral africano ha visto una transformación com-

pleta de la sociedad: de ser una sociedad rural y agrícola ha pasado a ser una sociedad industrial y urbana en menos de una generación. La rápida urbanización y la redistribución de la población hacia áreas urbanas, como ha experimentado África del Norte, tienen consecuencias económicas y políticas muy significativas para la sociedad (McNicoll, 1984; Lowry, 1990). Cuando una sociedad pasa de ser una sociedad predominantemente rural a ser una sociedad urbana se producen también cambios en las instituciones del país. En el caso de África del Norte, la economía está pasando de ser eminentemente agrícola a estar dominada por la industria y los servicios (Bloom y Freeman, 1986). En otras palabras, los países norteafricanos no sólo están experimentando una transición demográfica, sino que también se enfrentan a una transición económica. La historia nos muestra que las transiciones económicas, especialmente las marcadas por la industrialización, están cargadas de un alto potencial para generar conflictos entre ganadores y perdedores del nuevo orden social y económico (Kuznets, 1973; Goldstone, 1986). En algunos países la transición ha llevado incluso a la rebelión y la guerra civil (Kuznets, 1973).

La transformación de una sociedad rural en una urbana no tiene que ser necesariamente problemática, aunque hay una alta posibilidad de que lo sea. El problema más obvio al que se enfrenta un país en esta situación es poder atender a las nuevas necesidades de la sociedad en asuntos tan sencillos como la producción alimentaria. Para mantener el ritmo del rápido aumento de la población urbana y el incremento de la demanda de alimentos que esto conlleva, la producción agrícola tiene que ser más eficaz. Fracasos en la tarea de aumentar la productividad agrícola tiene como resultado que una parte creciente del suministro de alimento deba proceder de las importaciones, con el elevado gasto consiguiente (Homer-Dixon, 1991). El esfuerzo interno por satisfacer la demanda alimentaria puede llevar a la degradación de la superficie cultivable del país, creándose un círculo vicioso en el que la creciente escasez sólo se puede paliar con mayores importaciones. Este problema se acentuará en el norte de África cuando empiece el proceso de despoblación rural en la primera mitad de este siglo. Cuanto mayores son los recursos que se dedican a la importación de alimentos, menores son los recursos que quedan para invertir en otras áreas importantes para el buen funcionamiento de la sociedad.

Es probable que a medida que avance el proceso de urbanización surjan otros problemas relacionados con la falta de recursos. Con una tasa de crecimiento de la población urbana en las próximas décadas superior al 2% (y 1%-1,5% superior al crecimiento total), existe un riesgo muy alto de que los gobiernos sean incapaces de aumentar lo suficiente su capacidad (económica y administrativa) para mantener el orden y el imperio de la ley, incrementándose así el potencial para la generación de disturbios y desorden social (Goldstone, 1986).

También hay una interacción importante entre la industrialización y la velocidad de urbanización. La industrialización requiere una población urbana creciente para satisfacer su demanda de mano de obra. Pero existe el riesgo de que la velocidad de urbanización alcance y adelante la velocidad del proceso de industrialización. Hay varias razones para ello. Los sueldos son normalmente más altos en los sectores industrial y de servicios que en el sector agrícola. La vida en la ciudad suele ser más cómoda, con mejores servicios y posibilidades educativas que en el campo. En términos relativos, la vida urbana es más atractiva que la vida rural y esto hace que la urbanización progrese más rápidamente que la transición económica (Lowry, 1990). Otra razón es que el sector agrícola es incapaz de absorber un aumento de la población activa superior a cierto nivel, entre otras cosas por la escasez de tierra cultivable.

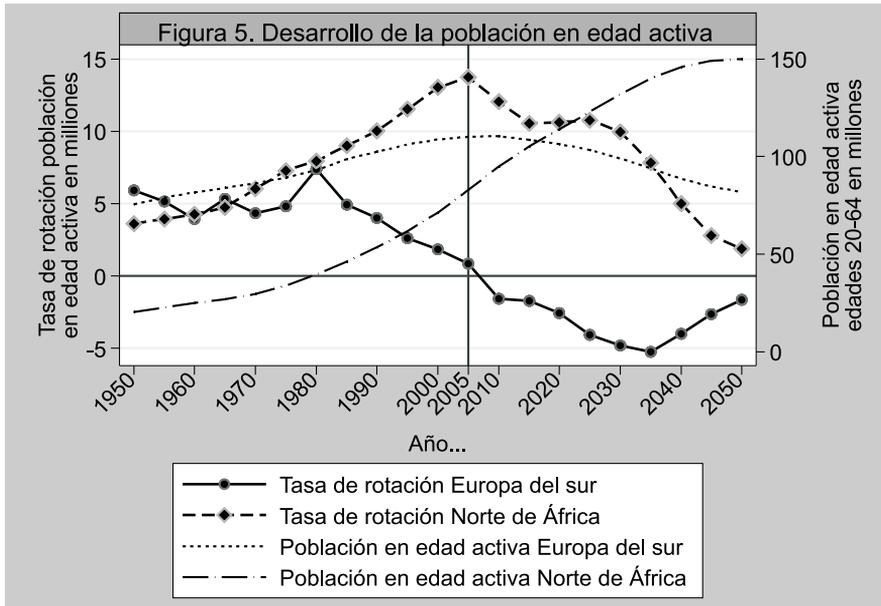
Cuando la velocidad del proceso de urbanización alcanza y sobrepasa la velocidad del proceso de industrialización, la oferta de trabajo es menor que la demanda. Cuando hay una discrepancia en la oferta y la demanda del trabajo, la economía paralela crece desproporcionadamente (Bloom y Freeman, 1986). Esto debilita la capacidad fiscal del Gobierno y crea más dificultades a la hora de adaptar su capacidad de gobernar frente al rápido aumento de la población urbana.

Cuando la velocidad del proceso de la urbanización excede la velocidad de la transición económica, o la velocidad a la que el Gobierno puede absorber el crecimiento urbano, el resultado es la «sobreurbanización» (Lowry, 1990). La sobreurbanización puede generar problemas y tensiones en áreas urbanas y llevar a la protesta política. Las urbes facilitan el movimiento de masas y la acción colectiva y, por lo tanto, hay una correlación entre el rápido crecimiento de la población urbana y la incidencia de protesta política (Auvinen, 1997).

Las transiciones demográficas rápidas, como la urbanización, también pueden dar lugar a formas más peligrosas de acción colectiva. Fargues (1993) ha argumentado que la incidencia del islamismo fundamentalista y la migración de áreas rurales a urbanas se han extendido siguiendo un modelo similar en el tiempo y el espacio en los países musulmanes. Según Fargues (1993, 15-17), la escolarización, el desempleo y la urbanización rápida son los ingredientes esenciales para el florecimiento del islamismo extremista. Sin embargo, no son suficientes. Para que surja el fundamentalismo tiene que estar presente también una coexistencia prolongada de generaciones subsiguientes, provocada por un marcado declive en la mortalidad. Esto último crea un choque intergeneracional, en el cual por primera vez a la generación más joven se le niega la sucesión natural de sus padres al alcanzar la madurez. La combinación de estos factores crea una generación de jóvenes frustrados, mejor educados que sus padres, pero económicamente dependientes de ellos como consecuencia de la precariedad económica que conlleva la vida en la ciudad. Esta generación frustrada rechaza la ideología de sus padres y se refugia en el fundamentalismo religioso. Todos los Estados de África del Norte se exponen a este riesgo.

Diez años después de la publicación del artículo de Fargues, conocemos la capacidad destructiva del islamismo fundamentalista. Es imposible saber si son las tendencias demográficas las que han causado el auge del islamismo, pero tampoco podemos excluir esta posibilidad. Si la hipótesis de Fargues fuera correcta, el mundo Occidental sería responsable de parte del problema. Como he indicado, algunos de los ingredientes que provocan el auge del islamismo son consecuencia de la escasez de recursos, absorbidos por una urbanización acelerada, en combinación con la falta de un crecimiento económico sostenible.

El desafío más importante al tratar de adaptar una sociedad a los efectos de una transición demográfica y económica es absorber el crecimiento explosivo de la población en edad activa. El incremento de la población significa que cada nueva generación excede en números absolutos a la generación precedente. Cuanto más grande es la tasa de crecimiento, mayor es la diferencia en tamaño entre las dos generaciones. Un aumento del número de nacimientos tiene un efecto retrasado sobre el mercado de trabajo. Cada nueva generación tarda aproximadamente veinte años para alcanzar la edad activa. Así, el



mercado de trabajo de África del Norte está en este momento enfrentándose al reto de absorber la generación que nació hacia 1985. En dicho año la tasa de fecundidad en el norte de África era de unos 6 niños por mujer, frente a la actual de 3.

A medida que las «nuevas» y más numerosas generaciones alcancen la edad activa, la sociedad necesitará desarrollar su capacidad de absorber el aumento en el número de personas en edad activa. La Figura 5 muestra la magnitud del problema en África del Norte y la compara con el desarrollo simultáneo en Europa del Sur. El gráfico se centra en la tasa de rotación de la población en edad activa, es decir, en el número de personas que entran en edad activa (los que cumplen 20-24 años en los siguientes 5 años) menos las personas que salen naturalmente de la edad activa (los que cumplen 65-70 en los siguientes cinco años).

El gráfico muestra unos patrones de cambio muy llamativos. Los países del norte de África han experimentado un aumento ininterrumpido en el número de personas que entran en la edad activa frente a los que salen en cada periodo de cinco años hasta el presente. Durante los próximos cinco años el aumento llegará a su máximo histórico. Entre 2005 y 2010, las personas que entran en la edad activa excederán a las personas que salen en aproximadamente 14 millones de personas. Después de 2010, el aumento neto cada cinco años se es-

tabilizará en alrededor de 10 millones de personas, y se prevé que la velocidad de aumento se irá reduciendo a partir de 2030.

Si la tasa de participación en el mercado de trabajo fuese del 100% entre las personas en edad activa, el aumento actual significaría que los Estados de África del Norte tendrían que crear alrededor de 10 millones de nuevos puestos de trabajo cada cinco años para absorber el incremento de mano de obra. Sin embargo, una tasa de participación del 100% es un supuesto irrazonable para el conjunto de este grupo: según datos del Banco Mundial, sólo son mujeres el 32%-33% de los trabajadores. Así, para simplificar y teniendo en cuenta que no todas las personas en edad activa son contratables, podemos asumir que una tasa razonable de participación sería de alrededor del 70%. También asumimos que las posiciones antes cubiertas por aquellos que dejan la población en edad activa se reciclan. Dados estos supuestos, aproximadamente 7 millones de nuevos puestos de trabajo tendrían que crearse cada cinco años durante las próximas décadas para absorber con éxito el aumento de la población en edad activa. La tarea no es imposible, pero ciertamente bastante difícil.

Juzgando por las experiencias del pasado, la región norteafricana ha sido relativamente exitosa en su labor de crear nuevos puestos de trabajo. Entre 1999 y 2003 el número de personas con empleo creció en aproximadamente 6,5 millones según datos de empleo del Banco Mundial. ¿La pregunta es: puede la región sostener este ritmo de creación de empleo en el futuro?

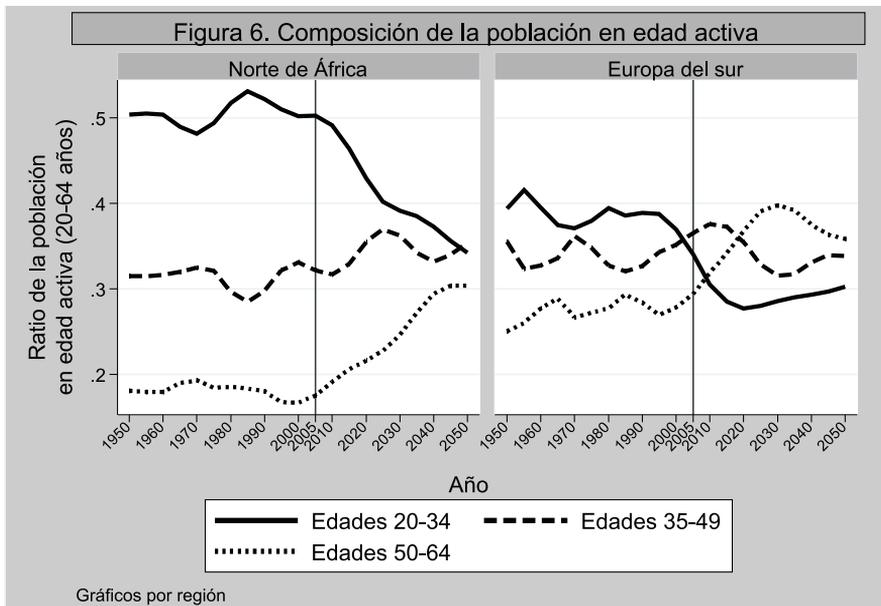
La Figura 5 también muestra el tamaño de la población en edad activa por año. Se prevé que entre 2005 y 2030 el número total de personas en edad activa aumente en unos 60 ó 70 millones de personas, y que alcanzará los 150 millones en el año 2050, en caso de ser acertadas las previsiones de la ONU. Es decir, el tamaño de la población en edad activa casi se doblará en tan sólo 30 años.

Por el contrario, la evolución en Europa de Sur será prácticamente la inversa de la de África del Norte. Desde 1980, el crecimiento del número de personas en edad activa casi ha desaparecido por completo. De 2010 en adelante, en vez de crecer como es habitual, la población disminuirá, y rápidamente. Se prevé que el descenso acumulado alcance hasta los 30 millones de personas para finales de 2050.

Una de las consecuencias de estos acontecimientos es que el tamaño potencial del mercado de trabajo en África del Norte será el doble que el de Europa del Sur en 2050, frente a sólo 2/3 hoy. Sólo podemos especular sobre cuáles serán las consecuencias de tal desarrollo, pero si las economías de África del Norte tienen cierto éxito en su reto de absorber su creciente bolsa de mano de obra, su peso en el mercado internacional y en la región mediterránea podría mejorar sustancialmente. Sin embargo, si fracasa a la hora de absorber el aumento en el número de personas en edad activa podrían surgir otras consecuencias más problemáticas.

El desarrollo casi extremo del tamaño de la población activa implica un aumento en la lucha por obtener un puesto de trabajo, que puede llevar a reducciones en el nivel salarial y, posiblemente, a un grave descontento en el grupo de población en edad activa. Aparte del tamaño de la población en edad activa, hay aspectos cualitativos que deben considerarse al tratar el posible aumento del grado de competencia por obtener un puesto en el mercado de trabajo.

Uno de los aspectos que podría tener implicaciones competitivas más graves es la estructura de edad de las personas en edad activa. Una manera de estudiar este fenómeno es dividir la población activa en grupos según edad.



La Figura 6 muestra un ejemplo de una posible agrupación que pueda resultar útil para la comprensión de los problemas aquí estudiados. Como podemos ver, se producirán interesantes cambios futuros con respecto a la composición de la población activa en ambos litorales del Mediterráneo. La magnitud del cambio es tal que es probable que se endurezca la competencia en el mercado de trabajo y que incluso se reduzca su rendimiento.

En el periodo 1950-2000 el grupo más joven (entre 20-34 años) dominó la población activa a ambos lados del Mediterráneo. En África del Norte incluso constituyó la mayor parte de la población en edad activa. En Europa constituía aproximadamente el 40% de las personas en edad activa. Al avanzar la transición demográfica la composición de la población en edad activa cambia dramáticamente.

En el litoral europeo, en menos de diez años el grupo más joven (de edades entre 20 y 34) pasará de ser el más numeroso a ser el más pequeño de la población en edad activa. En el litoral africano el cambio será aun más dramático en términos absolutos aunque, a pesar de un marcado declive, las personas de edades comprendidas entre 20 y 34 años continuarán siendo el grupo mayor en la población en edad activa a lo largo del periodo observado. Al mismo tiempo, veremos un marcado aumento del tamaño del grupo compuesto por los más viejos (aquellos entre las edades de 50 y 64 años) en la población activa. En el caso de Europa del Sur, a partir de 2020 este grupo será el mayor en la población en edad activa, con un 40% del total, mientras que en África del Norte representará un tercio de la población en edad activa a finales del periodo de estudio.

Hay varias observaciones importantes que pueden extraerse de estos resultados. Tal vez la más obvia es que los mercados de trabajo de ambos litorales están cada vez más subordinados a los trabajadores más viejos. Esto tiene implicaciones para la productividad del mercado. Una manera de aumentar la productividad del mercado de trabajo es mejorar o aumentar el nivel de educativo de los trabajadores (Becker *et al.*, 1990). Cuando la bolsa de trabajadores jóvenes disminuye las industrias nacionales ya no pueden beneficiarse del aumento del capital humano proporcionado por la educación pública de la misma manera que en el pasado. Esto es especialmente el caso de Europa del Sur, que se enfrenta a un declive muy sustancial en la oferta de perso-

nas más jóvenes a medida que generaciones cada vez más pequeñas empiezan a entrar en la población en edad activa. En Europa, mucho más que antes, aumentar la productividad está volviéndose un problema cuya solución consiste más en mejorar la habilidad y conocimiento de los trabajadores más viejos que en su reemplazo por trabajadores más jóvenes, como ha sido la norma hasta ahora.

En África del Norte el cambio estructural del perfil de los trabajadores plantea un problema algo diferente. Como hemos visto, el tamaño de la población en edad activa en África del Norte se expande rápidamente. La explosión en el crecimiento de la población que ha experimentado África del Norte durante los últimos cincuenta años significa que el número de personas mayores es escaso comparado con los más jóvenes. Puesto que la población ya envejece, la explosión en el crecimiento de la población ahora pasará también a incluir a las edades más avanzadas, con la consecuencia de que el número de personas entre 50-64 está empezando a crecer significativamente en la sociedad. Cuando el tamaño de este grupo aumenta también aumenta la competencia entre los trabajadores jóvenes y viejos.

Otra razón por la que este grupo está volviéndose más numeroso tan rápidamente es la mejora en la esperanza de vida en la región, fruto del descenso de la mortalidad. No será hasta el año 2005 que la esperanza de vida en la región esté por encima de los 65 años (en 1950 era de tan sólo 40 años). Por lo tanto, históricamente el grupo entre 50-64 años ha estado poco representado en la población activa por la simple razón de que las personas morían antes de alcanzar los 50 años, o edades comprendidas entre los 50 y los 65. Los trabajadores más viejos son, en otros términos, un fenómeno nuevo en África del Norte, y es probablemente demasiado pronto para decir exactamente cómo la aparición repentina de trabajadores de edades más avanzadas afectará a las oportunidades de las personas en edad activa.

Hay varias situaciones posibles. Habrá una incidencia creciente de personas jóvenes que competirán con éxito con los trabajadores de edades más avanzadas: los trabajadores más jóvenes tienen ventaja frente a los mayores en cuanto a la educación y porque son más baratos a la hora de contratar que los trabajadores mayores. Semejante situación traería un desempleo creciente entre los trabajadores mayores. Un aumento en el desempleo entre los trabajadores mayores podría,

por un lado, conducir a un aumento en su propensión a la emigración, algo relativamente desconocido hasta ahora, o, por otro lado, aumentar la carga que deberán soportar las generaciones más jóvenes.

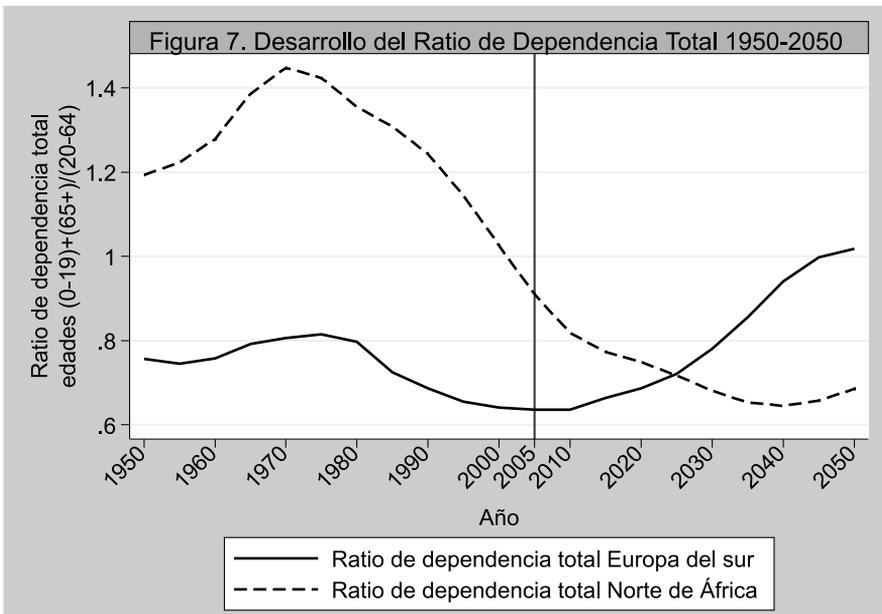
También es posible imaginar una situación inversa, con una reducida tasa de reemplazo de los puestos ocupados por trabajadores mayores, al contrario de lo ocurrido anteriormente cuando la tasa de mortalidad en este segundo grupo era más elevada. Puesto que los trabajadores mayores viven más años, la vida en edad activa probablemente será más extensa. Una menor tasa de reemplazo de trabajadores mayores por generaciones más jóvenes naturalmente reduce la demanda de reemplazo de la mano de obra. Esto implica que los trabajadores más jóvenes podrían enfrentarse a una creciente dificultad a la hora de entrar en el mercado de trabajo. De nuevo, el resultado será un aumento del desempleo, esta vez entre los trabajadores jóvenes. El proceso podría incluso agravarse más si los países de África del Norte se muestran incapaces de crear nuevos puestos de trabajo a un ritmo similar al aumento del tamaño de este grupo, que, como ya hemos visto, será muy significativo. Un retraso en la entrada en el mercado de trabajo también aumentaría el potencial para la emigración y un mayor movimiento de la población, esta vez entre las generaciones más jóvenes. Por supuesto, no hay nada que impida que las dos situaciones puedan darse simultáneamente.

Además, la Figura 6 nos ofrece evidencia empírica del creciente potencial de conflicto intergeneracional en las sociedades musulmanas que Fargues (1993) advirtió podría resultar en el desarrollo de movimientos islamistas fundamentalistas. La competencia creciente entre generaciones podría llevar a un exacerbado sentimiento de frustración en la generación más joven y a impulsar el islamismo más extremo (Fargues, 1993). Tanto si es el caso o como si no lo es, es probable que el creciente potencial de competencia intergeneracional en el mercado de trabajo sea una fuente significativa de tensiones y conflictos en la sociedad norteafricana.

Tampoco debemos ignorar el riesgo de que se generen tensiones y antagonismos en Europa del Sur. Los cambios demográficos en la región podrían fácilmente llevar a una situación problemática en el propio continente europeo. Además, no podemos excluir la posibilidad de grandes movimientos de población desde África del Norte hacia Europa cuando la competencia entre los propios trabajadores

difficilmente sus posibilidades de ganarse la vida en el mercado laboral del litoral africano. Mientras Europa ciertamente tiene la capacidad de recibir inmigración procedente de África del Norte, es dudoso que esté disposición de recibir una inmigración masiva y probablemente incontrolada. Ya hemos visto algunas señales del aumento de las tensiones entre comunidad inmigrantes en crecimiento y las poblaciones nativas de Europa (notablemente en Francia y Holanda). La inmigración en masa podría fácilmente llevar a una escalada de la tensión y provocar una confrontación más abierta en el futuro entre las minorías étnicas y la población nativa de Europa del Sur (Homer-Dixon, 1991).

Europa del Sur también se enfrenta al gran desafío de una creciente población de personas mayores. La tasa de dependencia es un importante medio para evaluar el proceso de envejecimiento al que se enfrenta Europa del Sur. Se obtiene agregando el número de personas jóvenes (menos de 20 años) al número de personas mayores (de más de 65 años) y dividiendo la suma resultante por el número de personas en edad activa (de entre 20 y 64 años). Las dos primeras categorías son a menudo (pero no siempre) económicamente dependientes de las personas en edad activa. Así, una tasa de dependencia alta implica que la carga económica para la población en edad activa es alta, y a la inversa si la tasa de dependencia es baja.



Como podemos apreciar en la Figura 7, Europa del Sur está experimentando un momento triunfal en lo que se refiere a su tasa de dependencia. Nunca tan pocas personas han sido dependientes de tanta gente en Europa. Esto está a punto de cambiar. Cuando las generaciones del «*baby boom*» nacidas tras la II Guerra Mundial empiecen a alcanzar la edad de jubilación, las generaciones nacidas en los años 70 y 80, cuando la fecundidad estaba en su mínimo histórico, empezarán a entrar en la población en edad activa. El resultado será un número decreciente de personas en edad activa y un número creciente de personas en edad de jubilación. Juntas, estas dos tendencias causarán un marcado aumento de la dependencia en Europa del Sur a lo largo de la primera mitad de este siglo. Hay un acuerdo general en que la tasa de dependencia creciente en Europa señala entre otras cosas que los generosos sistemas de pensiones serán insostenibles en un futuro muy cercano (Sandell, 2003B).

Solucionar el problema requiere reformas incómodas, y los Estados del bienestar deben proponer formas alternativas de financiar las pensiones. Alemania y Francia ya han anunciado cambios en esa dirección en medio de protestas políticas masivas. Se avecinan reformas difíciles en muchos países europeos y es previsible que más de un gobierno caiga antes de que la realidad política europea se ajuste a su realidad demográfica. La incapacidad de resolver el problema del envejecimiento podría generar una crisis económica excepcional. El aumento en la carga económica que imponen las pensiones podría fácilmente llevar a una situación de penuria relativa en la que tanto las personas en edad activa como las jubiladas verían un deterioro económico continuo y una reducción en los servicios prestados por el Estado del bienestar. Esto podría llevar a un incremento en la rivalidad entre diferentes grupos de la sociedad. Es previsible que cada grupo de interés intente mantener su nivel de vida constante a pesar de la disminución en los recursos económicos (Homer-Dixon, 1991). Finalmente, como el problema demográfico europeo coincide en el tiempo con el problema demográfico norteafricano, la capacidad de Europa de proporcionar recursos para paliar el problema demográfico norteafricano se volverá cada vez más limitada. Esto puede complicar aún más la situación en el área mediterránea.

La Figura 7 no es portadora solamente de malas noticias. Mientras Europa empieza a experimentar un aumento en su tasa de dependen-

cia, los Estados norteafricanos previsiblemente verán un declive muy significativo en la suya. La importancia de este factor no debe ser infravalorada.

Claramente, es probable que el muy favorable desarrollo en la tasa de dependencia en África del Norte proporcione nuevas oportunidades para esta región. En el pasado, África del Norte se enfrentaba a una situación en la que la mitad de su población tenía una edad inferior a los 15 años. A medida que descienda su tasa de fecundidad, el número de jóvenes respecto a las personas en edad activa disminuirá con gran rapidez. Esto abrirá la posibilidad de liberar recursos que tradicionalmente se han destinado al mantenimiento de las familias grandes y dedicarlos en cambio a la inversión para favorecer el desarrollo, y la economía. *Caeteris paribus*, el desarrollo demográfico tras la caída de la tasa de dependencia en África del Norte implicará que en el futuro un aumento menor en los ingresos de un trabajador africano resultará en un aumento mayor en la renta per cápita (Malmberg y Lind, 2004; Bloom y Freeman, 1986). Estos recursos podrían ser vitales cuando la sociedad africana se enfrente con los problemas derivados de la despoblación rural, y facilitar el proceso de adaptación a un crecimiento elevado de la población urbana. Además, una tasa de dependencia en descenso quizá sea una indicación temprana de que al norte de África le ha llegado el turno de gozar de un crecimiento económico sostenible, reduciendo así el diferencial económico que le separa de sus vecinos ricos en el norte.

CONCLUSIONES

La transición demográfica que estamos experimentando promete ser apasionante, pero también es potencialmente peligrosa y con una creciente probabilidad de que derive en tensiones y disputas nacionales e internacionales al ir enfrentándose cada Estado con sus nuevas condiciones demográficas.

Sólo podemos especular sobre la naturaleza de los conflictos y tensiones que es probable que surjan como resultado del desarrollo demográfico en África del Norte y en Europa del Sur. La literatura sobre estos temas está lejos de ser unánime en cuanto a proporcionar pistas

sobre los tipos de enfrentamientos que cabe esperar. Tampoco hay mucha evidencia empírica sobre lo que probablemente vaya a pasar, porque las tendencias demográficas son realmente extremas y por tanto no tienen precedentes históricos fiables (McNicoll, 1984). A pesar de que las evidencias no son concluyentes con respecto a la relación entre la demografía y la seguridad, la comunidad científica está más o menos de acuerdo en dos cuestiones. En primer lugar, cualquier conflicto o tensión que pueda estar relacionada con cambios demográficos probablemente tendrá ramificaciones tanto nacionales como internacionales (Homer-Dixon, 1991; Bloom y Freeman, 1986; McNicoll, 1984). En segundo lugar, la probabilidad de que los conflictos generados por cambios demográficos resulten en un estado de guerra en un futuro cercano es real (Tir y Diehl, 1998), aunque se estima que el riesgo es muy reducido (McNicoll, 1984).

Para poder hacer frente a sus realidades demográficas, tanto europeos como norteafricanos necesitan una gestión acertada. Los países de África del Norte presentan esencialmente problemas relacionados con la escasez de recursos: alimentos y agua. Pero la sociedad norteafricana también adolece de una falta de recursos para absorber su creciente población urbana, siendo el obstáculo principal la carencia de crecimiento económico.

Europa no es responsable de la falta de crecimiento económico en África del Norte pero probablemente contribuye indirectamente a la situación. A través de una cooperación más amplia, Europa puede contribuir tanto con recursos como con oportunidades que resulten útiles para mejorar el crecimiento económico en toda la región del Mediterráneo. Hasta ahora la diferencia en riqueza entre ambos litorales ha ido en aumento. En esto la región es un caso único, pues en otras áreas en las que países desarrollados lindan con otros en vías de desarrollo las diferencias tienden a reducirse (Moré, 2003). La única manera factible de evitar un aumento de la tensión en la región mediterránea, y por tanto de reducir la probabilidad de conflictos en el futuro, es poner freno a esta peligrosa situación e invertirla.

La consecuencia más obvia de un fracaso general de los esfuerzos políticos de asimilar y ajustar la sociedad actual a la nueva realidad demográfica es indudablemente un elevado riesgo de que se produzcan grandes movimientos de población. En sí, esto no tiene por qué

ser negativo. Hemos visto que Europa del Sur y África del Norte están enfrentadas a tendencias opuestas en cuanto al tamaño de sus poblaciones en edad activa. Es decir, hay un potencial de beneficio mutuo derivado de un movimiento de la población. Europa del Sur está a punto de experimentar un descenso en su población activa por primera vez en su historia, mientras que África del Norte se enfrenta a la oferta más alta de población activa de su historia. De la misma manera que los países europeos solucionaron parte de la tensión resultante de sus procesos de industrialización de finales del siglo XIX y principios del XX mediante la emigración en masa (Kuznets, 1973), Europa del Sur puede ofrecer una oportunidad parecida a África del Norte, compensando así su propio déficit demográfico y al mismo tiempo reduciendo en cierto modo las tensiones que viven hoy las sociedades africanas.

El problema, sin embargo, es que Europa no puede absorber toda una ola masiva de inmigración. Por consiguiente, la inmigración no es una solución al problema demográfico africano, sino más bien un pequeño alivio que resulta más beneficioso para Europa que para África del Norte. La única manera de enfrentarse a los problemas que provienen del rápido crecimiento de la población africana es una planificación integrada de acciones políticas en ambas orillas del Mediterráneo.

Finalmente, el islamismo fundamentalista puede crecer como movimiento fruto de una mala gestión de la nueva realidad demográfica. Aunque probablemente sea la mayor amenaza mundial en términos de seguridad que se deriva de los cambios demográficos actuales en África del Norte (Fargues, 1993), el factor demográfico no es nada más que una parte pequeña de este complejo problema. Aun así, el riesgo no debe infravalorarse.

BIBLIOGRAFÍA

- Auvinen, J. (1997): «Political Conflict in Less Developed Countries 1981-89». Vol. 34, No.2, *Journal of Peace Research*.
- Becker, G. S.; Murphy, K.M. y Tamura, R. (1990): «Human Capital, Fertility, and Economic Growth.» *The Journal of Political Economy*, 98.
- Bloom, D. E. y Freeman, R. B. (1986): «The Effects of Rapid Population Growth on Labor Supply and Employment in Developing Countries». Vol. 12, No.3, *Population and Development Review*.
- Fargues, P. (1993): «Demography and Politics in the Arab World». Vol. 5, *Population: an English Selection*.
- Goldstone, J.A. (1986): «State Breakdown in the English Revolution: A new Synthesis». Vol. 92, No. 2, *American Journal of Sociology*.

- Homer-Dixon, T. F. (1991): «On the Threshold: Environmental Changes as Causes of Acute Conflict». Vol. 16, No. 2, *International Security*.
- Keyfitz, N. (1980): «Population Appearances and Demographic Reality». Vol. 6, No. 1, *Population and Development Review*.
- Kuznets, S. (1973): «Modern Economic Growth: Findings and Reflections». Vol. 63, No. 3, *The American Economic Review*.
- Lowry, I. S. (1990): «World Urbanization in Perspective». Vol. 16, Supplement. Resources, Environment, and Population: Present Knowledge, Future Options, *Population and Development Review*.
- Malmberg, B. y Lind, T. (2004): Ålderschock gynnar globala tillväxten» *Dagens Nyheter*, January 7, Sweden.
- McNicoll, G. (1984): «Consequences of Rapid Population Growth: An Overview and Assessment». Vol. 10, No. 2, *Population and Development Review*.
- Moré, I. (2003): «El Escalón Económico entre Vecinos: El caso España-Marruecos». Documento de Trabajo n.º 9 Real Instituto Elcano.
- Sandell, R. (2003A): Envejecimiento de la población: una oportunidad para la reforma de las políticas públicas, Documento de Trabajo n.º 20, Real Instituto Elcano.
- Sandell, R. (2003B): Ageing Populations: An Opportunity for Public Policy Reform, Working Paper n.º 20, Real Instituto Elcano.
- Tir, J. y Diehl, P. F. (1998): «Demographic Pressure and Interstate Conflict: Linking Population Growth and Density to Militarized Disputes and Wars, 1930-89». Vol. 35, No.3, Special Issue on Environmental Conflict, *Journal of Peace Research*.